

EN PUNTO

cuenta sobre todo en el terreno de la comedia sofisticada cada día más tendente hacia el puro «slapstick», fuera retenido. Se trataba de un film de «suspense», en el que el realizador llevaba a cabo un auténtico «tour de force» —el título original era «Experiment in terror»— partiendo de un esquema convencional superado gracias a una perfecta adaptación y a un brillantísimo ejercicio de puesta en escena. Luego llegó «Desayuno con diamantes», inspirado en la novela de Truman Capote, que si perdía buena parte de la carga crítica de la base literaria original, ofrecía, en cambio, un retrato agri dulce y melancólico de unos personajes centrales desadaptados. En «Desayuno...» aparecía una de las fiestas más fabulosas del cine de los últimos años y, en consecuencia, una de las mejores fiestas del cine de Edwards.

Porque la fiesta ha sido, desde sus comienzos, uno de los temas mayores, claves, del realizador. Si ya en «Vacaciones...» la película entera era una fiesta, la que se le ofrecía al soldado Tony Curtis, destacado en el Polo, para que se identificaran con él sus compañeros que permanecían en el destacamento, fiesta había también en sus films posteriores, incluidos los dramáticos. A través de la fiesta Edwards, analiza sin crueldad, pero con luz absoluta, los elementos más tópicos, los supuestos más inmovilistas de la sociedad americana. Si, precisamente, lo que fallaba en las obras de Edward más «clásicas» era la historia narrada, a medida que el realizador ha ido liberándose del argumento, construyendo sus films como series de escenas ligadas antes que otra cosa por un personaje, su cine ha ido haciéndose más vivo, más eficaz y también más personal. «La pantera rosa», uno de sus films más brillantes, llevaba aún el peso de la historia de amor, excesivamente romántica e idealizada, pero apuntaba ya el que había de ser el camino definitivo de su autor, después de los incisos dramáticos de «Chantaje...» y «Días de vino y rosas». A partir de entonces cada uno de sus films supone un paso adelante en la vía emprendida, y si quienes habían alabado la «poesía» de «Desayuno...» —precisamente lo más débil del film—, torcieron el gesto ante la libertad de imaginación cada vez más desenfrenada de «El nuevo caso del inspector Clouseau» y de «La carrera del siglo», quienes habían visto en Edwards uno de los escasos auténticos autores cómicos de la actualidad vieron confirmadas sus teorías.

«La carrera...», concretamente, estaba dedicado a Stan Laurel y Oliver Hardy, dos maestros subvalorados del cine cómico, ese género a su vez «maldito» del que la crítica con pretensiones intelectuales apenas si salva a



Chaplin, y no por lo que tiene de mimo genial, sino por su dudosa calidad de pensador, mientras se olvida sistemáticamente a figuras señeras como Buster Keaton, Harry Langdon, W. C. Fields o los Hermanos Marx. Con ello y con la colaboración de los excelentes actores Jack Lemmon y Tony

Curtis —este último uno de los predilectos de Edwards antes de su «descubrimiento» de Peter Sellers—, Edwards rendía homenaje a la vieja fórmula, nacida en el «music hall», de la pareja cómica, que seguía empleando, aunque con parejas intercambiables, en «¿Qué hiciste en la guerra, papá?». En «El guateque», su último film terminado, abandona el procedimiento para, dando aún un paso más, inspirarse directamente en los más grandes intérpretes-autores del cine cómico, y concretamente en Keaton, partir de una situación única, precedida de una secuencia de presentación del personaje —como ocurre en los mejores films de Keaton, y particularmente en «El crucero del Navigator»— y desmenuzar, una tras otra, todas sus posibilidades.

En este caso se trata —no podía, prácticamente, ocurrir de otro modo— de una fiesta. Lo que en películas anteriores era una parte es aquí el todo. Sellers, que compuso para Edwards el personaje inolvidable del inspector Clouseau, es ahora un hindú que se ha trasladado a Hollywood y que, después de provocar innumerables catástrofes en la película —parodia de «Los tres lanceros bengalíes»— en que interviene, es invitado por error a casa de su productor. Si, en primer grado,

el film puede considerarse como una sátira del mundo convencional del cine, en segundo va más allá, hasta serlo de todo un modo de vivir. Empleando a Sellers con extraordinario talento, jugando con las tres posibilidades de «gags» más clásicas —lo que se espera que ocurra y no ocurre, lo inesperado que ocurre y lo que se espera ocurra y efectivamente ocurre—, Edwards rinde homenaje a un cine desaparecido sin incurrir en la «aplicación» y el calco en que caía Kramer en su «Mundo loco, loco, loco, loco» y hasta cierto punto él mismo en «La carrera...». «El guateque» es, en suma, una de las pocas películas auténticamente cómicas de los últimos años, comparable a las mejores de Lewis y Tashlin, autor este último, por otra parte, con el que Edwards tiene más de un punto de contacto, desde el modo de enfrentarse a sus personajes con un deshumanizado mundo objetual hasta la utilización de procedimientos originarios del dibujo animado, pasando por la presencia en la pantalla de animales insólitos en el lugar en que se encuentran. Blake Edwards, cineasta de la fiesta, ha hecho un film que es una fiesta, en el sentido en que lo era París para Ernest Hemingway. ■ C. S. F.

